

# LA RACIALIZACIÓN DE LA ETNICIDAD EN EL CARIBE HISPANOPARLANTE: HAITIANOS EN REPÚBLICA DOMINICANA Y DOMINICANOS EN PUERTO RICO\*

PONENCIA

*Jorge Duany\*\**

I. Introducción.....	739
II. La miseria compartida de una identidad estigmatizada: Una comparación de los dos casos .....	752
III. Conclusión.....	757

## I. Introducción

La región caribeña ha sido uno de los sitios principales para el surgimiento de sociedades multiétnicas y multirraciales en las Américas. Como resultado de la conquista española y posteriormente de la colonización británica, francesa, holandesa y danesa y tras la drástica reducción de la población indígena, las sociedades antillanas se fundaron en la importación masiva de esclavos africanos e inmigrantes europeos. Algunas posesiones españolas, como Cuba y Puerto Rico, recibieron grupos nutridos de colonos de la metrópoli. La mayoría de las colonias, como el Saint Domingue francés, la Jamaica británica o las Antillas holandesas, se basó en la mano de obra forzada de origen africano. Algunos territorios, como Cuba, Trinidad, Guyana y Surinam, atrajeron grandes cantidades de culíes chinos, hindúes

---

\* Este ensayo es una traducción de mi artículo, *Racializing Ethnicity in the Spanish-Speaking Caribbean: A Comparison of Haitians in the Dominican Republic and Dominicans in Puerto Rico*, publicado originalmente en la revista *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 1, núm. 2 (2006), págs. 231-248. Agradezco la autorización de la editorial Taylor and Francis para reproducir el ensayo. También quisiera agradecer a Jorge Giovannetti, Rhoda Reddock, Ernesto Sagás, Yolanda Martínez-San Miguel, José Cobas y dos evaluadores anónimos, por sus comentarios y sugerencias a versiones anteriores de este artículo. Finalmente, le agradezco a José Pérez su versión inicial de la traducción al español.

\*\* Director del Instituto de Investigaciones Cubanas y catedrático de Antropología de la Universidad Internacional de la Florida en Miami. Ex Decano Interino de la Facultad de Ciencias Sociales y catedrático de Antropología de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. También fungió como Director del Departamento de Sociología y Antropología y Director de la Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. PhD. en Estudios Latinoamericanos con concentración en Antropología en la Universidad de Berkley; MA en Ciencias Sociales de la Universidad de Chicago.

y javaneses durante el siglo XIX. Otros grupos étnicos más pequeños incluyeron a judíos sefarditas, libaneses, sirios y portugueses en varios lugares. Como ha afirmado Sidney Mintz, “la modernización de los pueblos caribeños ocurrió en el contexto de la constante presencia de los Otros multiculturales”<sup>1</sup> (todas las traducciones del inglés son mías). Esta observación lleva a Mintz a caracterizar la región caribeña como la cuna del mestizaje, la hibridez, el cimarronaje y la criollización en la época moderna. Mintz también afirma que estos conceptos se han generalizado demasiado y que frecuentemente han perdido su significado original al extenderse a las relaciones étnicas y raciales en otras regiones.

La etnicidad, la raza, el nacionalismo y más recientemente el transnacionalismo están entrelazados estrechamente en el Caribe y el resto del mundo. Estas conexiones continuaron incluso después de la emancipación de los esclavos en el siglo XIX. Como acentúa Mintz en su definición clásica del Caribe como área sociocultural, el movimiento a gran escala de trabajadores a la región desde finales del siglo XIX hasta principios del XX reconfiguró a muchas poblaciones locales, especialmente en la Guyana holandesa y británica, Trinidad, Cuba y Jamaica.<sup>2</sup> Durante este período, Cuba y República Dominicana también recibieron una cuantiosa inmigración de haitianos, jamaicanos y otros antillanos. Cualquier reflexión seria sobre el Caribe contemporáneo tiene que reconocer la construcción de identidades nacionales basadas en distintas razas, múltiples etnias y conexiones transnacionales. Como parte de sus proyectos nacionalistas, las élites criollas del Caribe hispanohablante han articulado el mito de una “democracia racial” basado en la ideología del mestizaje, común en sociedades latinoamericanas desde México hasta Brasil. No obstante, numerosas investigaciones han corroborado la constante subordinación de indígenas, negros, mulatos, mestizos y otras poblaciones de origen no europeo al discurso dominante de la identidad nacional en las Américas.<sup>3</sup> Una pregunta crucial es, pues, cómo diferentes grupos étnicos se vincularon con distinciones “raciales” particulares y cómo estas distinciones se incrustaron en el sistema de estratificación local, como el que surgió del modelo de la plantación prevaleciente en el Caribe hasta hace poco.

En este artículo, quisiera enfocarme en las relaciones étnicas contemporáneas en dos islas caribeñas de habla hispana. Primero, reseñaré algunos ensayos sobre el proceso de racialización, particularmente en Puerto Rico y República Dominicana. Segundo, examinaré las causas y consecuencias del prejuicio histórico contra los haitianos en República Dominicana. Tercero, explicaré el desarrollo de actitudes antidominicanas en Puerto Rico en las últimas tres décadas. Cuarto, identificaré las similitudes y diferencias básicas entre los dos casos de conflicto intergrupacional.

---

<sup>1</sup> Sidney W. Mintz, *Enduring Substances, Trying Theories: The Caribbean Region as Oikoumenê*, 2 (2) *Journal of the Royal Anthropological Institute* 289-311, 295 (1996).

<sup>2</sup> *Id.* *The Caribbean as a Socio-Cultural Area*, en *Peoples and Cultures of the Caribbean: An Anthropological Reader* 18-45 (Michael M. Horowitz ed., Natural History Press 1970).

<sup>3</sup> Véase *Neither Enemies nor Friends: Latinos, Blacks, Afro-Latinos* (Anani Dzidzienyo & Suzanne Oboler, eds. Palgrave Macmillan 2005).

Finalmente, analizaré las estructuras sociales y prácticas culturales que marginan a las minorías étnicas en el Caribe hispanoparlante.

Mi tesis es que la situación precaria de los haitianos en República Dominicana y los dominicanos en Puerto Rico se debe principalmente a su racialización. La percepción pública de ambos grupos como “negros” dificulta su incorporación a las sociedades receptoras y externaliza el prejuicio y la discriminación racial al Otro extranjero. Como resultado, los inmigrantes de Haití, así como los de República Dominicana, son excluidos en gran medida del discurso dominante de la identidad nacional en República Dominicana y Puerto Rico. Hasta ahora, estos discursos se han orientado hacia las élites blancas de origen europeo y sus descendientes criollos, a pesar del desarrollo de una conciencia racial entre afrodescendientes en Latinoamérica, incluyendo a República Dominicana y Puerto Rico.<sup>4</sup> En ambos lugares, la ascendencia africana todavía se percibe popularmente como un componente menor de la historia demográfica y la cultura contemporánea.

### A. Los procesos de racialización en Puerto Rico y República Dominicana

En este trabajo, retomo la definición clásica de “racialización” de Howard Winant como “la extensión del significado racial a una relación, práctica o grupo social no clasificada racialmente previamente”.<sup>5</sup> La racialización le atribuye un origen hereditario a ciertas características intelectuales, emocionales o conductuales de un individuo, basándose en su pertenencia colectiva. Por ejemplo, muchos estadounidenses esperan que los estudiantes de origen asiático se destaquen en las matemáticas, que los de origen africano tengan talentos musicales y que los latinos sean apegados a sus familias. Estos rasgos son supuestamente naturales, involuntarios y fijos, como si se transmitieran por medio de la “sangre” o los genes. En principio, cualquier grupo “étnico” (ya sea definido por origen nacional, lenguaje, religión u otra variable cultural) puede ser racializado. Bajo determinadas circunstancias, algunas características físicas visibles (particularmente la tonalidad de la piel, la textura del pelo y los rasgos faciales) se construyen como primordiales y significativas socialmente.<sup>6</sup> Un problema clave para las ciencias sociales es explicar cuáles grupos se racializan, así como cuándo, por qué y con qué consecuencias.

La racialización frecuentemente borra las diferencias históricas, culturales y lingüísticas entre personas procedentes de una misma región, como Europa, África, Asia o América Latina. Como apunta Winant, “la agregación de americanos de ascendencia filipina, japonesa, coreana, china y ahora vietnamita, laosiana, tailandesa

---

<sup>4</sup> *Id.*; *No Longer Invisible: Afro-Latin Americans Today* (Minority Rights Group ed., Minority Rights Group 1995).

<sup>5</sup> Howard Winant, *Racial Conditions: Politics, Theory, Comparisons* 59 (University of Minnesota Press 1994).

<sup>6</sup> Véase Marcus Banks, *Ethnicity: Anthropological Constructions* (Routledge 1996); Thomas Hylland Eriksen, *Ethnicity and Nationalism: Anthropological Perspectives* (Pluto 1993); Richard Jenkins, *Rethinking Ethnicity: Arguments and Explorations* (Sage Publications 1997); Peter Wade, *Race and Ethnicity in Latin America* (Pluto 1997).

y camboyana, dentro de la categoría de ‘asiático-americanos’, por ejemplo, es un proceso claramente racial”.<sup>7</sup> Tales denominaciones colectivas, que incluyen a varias etnias, típicamente encasillan a personas que “se parecen” entre sí, según los miembros de la etnia dominante, partiendo de su apariencia física, ascendencia familiar u origen geográfico. Una vez se racializan los grupos, desarrollan patrones distintivos de especialización ocupacional, escolaridad, segregación residencial, matrimonio, representación cultural y tratamiento legal por la sociedad receptora. Este es precisamente el proceso que ha marginado a los haitianos en República Dominicana y los dominicanos en Puerto Rico.

La obra de Michael Omi y Howard Winant ha inspirado buena parte de las investigaciones sobre la racialización.<sup>8</sup> Su teoría de la “formación racial” destaca “la ausencia de cualquier característica esencial de orden racial [y] la flexibilidad histórica de las categorías y significados raciales”.<sup>9</sup> Desde esta perspectiva, diversos grupos con proyectos políticos rivales crean, transforman, subvierten y a veces destruyen categorías raciales en coyunturas históricas específicas. Omi y Winant formulan una definición de trabajo del concepto de raza, “que significa y simboliza conflictos e intereses sociales al referirse a distintos cuerpos humanos”,<sup>10</sup> especialmente la pigmentación de la piel. Según Winant, “el cuerpo sirve como el significador racial preeminente”.<sup>11</sup> En su trabajo colaborativo, Omi y Winant buscan desenredar el estudio de las categorías, proyectos y formaciones raciales del paradigma dominante de la etnicidad, particularmente en Estados Unidos. Su crítica principal al “enfoque de la etnicidad” es que subestima las diferencias culturales por origen nacional, religión, lengua y otros factores, dentro de las llamadas minorías raciales, tales como afroamericanos, latinos, nativos americanos y americanos de ascendencia asiática. A su vez, el trabajo de Omi y Winant recupera “la especificidad de la raza como un campo autónomo de conflicto social, organización política y significado cultural/ideológico”,<sup>12</sup> que no puede reducirse a la etnicidad, la nacionalidad, la clase, el género o cualquier otra fuente de identidad colectiva.

En este ensayo, empleo el marco de referencia elaborado por Omi y Winant, pero me propongo demostrar que es prácticamente imposible separar los múltiples significados de “raza” y “etnicidad” en la situación particular de los haitianos en República Dominicana y los dominicanos en Puerto Rico. Por ejemplo, es difícil precisar cuándo se “extendieron” las connotaciones “raciales” a las relaciones entre grupos étnicos, como haitianos, dominicanos y puertorriqueños. La racialización de los haitianos en República Dominicana estaba bien adelantada para mediados del siglo XIX, si no antes. Los dominicanos en Puerto Rico probablemente fueron

---

<sup>7</sup> Winant, *supra* n. 6, en las págs. 22-23.

<sup>8</sup> Véase, por ejemplo, Nicholas De Genova & Ana Y. Ramos-Zayas, *Latino Crossings: Mexicans, Puerto Ricans, and the Politics of Race and Citizenship* (Routledge 2003).

<sup>9</sup> Michael Omi & Howard Winant, *Racial Formation in the United States* 4 (2a ed., Routledge 1994).

<sup>10</sup> *Id.* en la pág. 55.

<sup>11</sup> Winant, *supra* n. 6, en la pág. 105.

<sup>12</sup> Omi & Winant, *supra* n. 9, en la pág. 48.

racializados mucho después, a partir de la década de 1960, con la emigración masiva de una isla a otra. En ambos casos, se exageraron las diferencias lingüísticas y culturales entre los grupos mayoritarios y minoritarios, mientras se minimizaron sus diferencias internas por raza, etnicidad, género, clase y religión.

El proceso de racialización tiende a homogeneizar poblaciones enteras que pueden o no parecerse entre sí, según observadores externos, pero el grupo dominante las trata como si constituyeran “razas” distintas y separadas. Como mostraré más adelante, “etnicidad” y “raza” a menudo se usan prácticamente como sinónimos, al menos en los dos países bajo estudio. Como señala Thomas Hylland Eriksen, “la etnicidad puede asumir muchas formas y, como las ideologías étnicas tienden a acentuar la ascendencia común entre sus miembros, la distinción entre raza y etnicidad es problemática”.<sup>13</sup> Aunque pueda establecerse una distinción analítica entre los dos términos, estos se solapan comúnmente en las experiencias vividas por la gente.<sup>14</sup>

Antes de discutir la racialización de los haitianos en República Dominicana y los dominicanos en Puerto Rico, bosquejaré cómo se define y categoriza la “raza” popularmente en los dos países receptores. Los estudios sobre los sistemas de clasificación racial en República Dominicana y Puerto Rico han documentado sus similitudes básicas y diferencias mínimas. Las terminologías raciales de dominicanos y puertorriqueños fluctúan desde “blanco(a)” hasta “negro(a)”, incluyendo numerosas denominaciones intermedias como “indio(a)” (en el sentido de indígena americano), “trigueño(a)” (para referirse a personas de tez oscura) y “jabao(a)” (aludiendo al pelo rizado).<sup>15</sup> Todos estos vocablos se emplean actualmente en Puerto Rico y en República Dominicana con connotaciones similares, aunque un estudio encontró que en Puerto Rico pueden reducirse a las cinco categorías principales mencionadas anteriormente.<sup>16</sup> En República Dominicana, también se utilizan algunos términos infrecuentes en Puerto Rico, como “azulito(a)” o “morado(a)” (para referirse a una persona de piel muy oscura), “cenizo(a)” (para referirse a un tono grisáceo) y “rosadito(a)” (por el color de los cachetes).<sup>17</sup>

Más aún, tanto República Dominicana como Puerto Rico se caracterizan por sus “semánticas fugitivas”, es decir, el flujo constante y la inestabilidad de los significados raciales asignados a expresiones ambiguas, ambivalentes, eufemísticas y diminutivas como “moreno(a)”, “de color”, “negrito(a)” y “blanquito(a)”.<sup>18</sup> Además de prestarle

<sup>13</sup> Eriksen, *supra* n. 6, en la pág. 5.

<sup>14</sup> Para una visión panorámica de los múltiples significados de la palabra “raza”, véase Peter Wade, *Race, Nature, and Culture: An Anthropological Perspective* (Pluto 2002).

<sup>15</sup> Ginetta Candelario, *Black behind the Ears: Dominican Racial Identity from Museums to Beauty Shops* (Duke University Press 2007); David Howard, *Coloring the Nation: Race and Ethnicity in the Dominican Republic* (Lynne Rienner 2001); Wendy D. Roth, *Beyond the Continuum: Constructions of Race in Puerto Rico and the Dominican Republic*, ponencia presentada en el taller sobre migración e incorporación de los migrantes (Universidad de Harvard, Cambridge, MA, 5 de octubre de 2005).

<sup>16</sup> Clarence C. Gravlee, *Ethnic Classification in Southeastern Puerto Rico: The Cultural Model of Color*, 83 (3) *Social Forces* 949-970 (2005).

<sup>17</sup> Roth, *supra* n. 15.

<sup>18</sup> Isar P. Godreau, *La semántica fugitiva: “Raza”, color y vida cotidiana en Puerto Rico*, 9 *Revista*

gran atención a los matices del color de la piel, dominicanos y puertorriqueños ponen un énfasis extraordinario en la textura del pelo como criterio de clasificación racial, según ilustra la noción común del “pelo malo” (es decir, ensortijado) y la práctica popular del alisado, especialmente entre las mujeres.<sup>19</sup> Finalmente, como elaboraré luego, la negritud se vincula estrechamente con el ser extranjero en República Dominicana, donde el término despectivo “negro(a)” se reserva para los haitianos, y en Puerto Rico, donde se asocia cada vez más con los dominicanos.

La principal diferencia entre las dos formaciones raciales es que el concepto de “indio(a)” es más central para las ideologías raciales de los dominicanos que las de los puertorriqueños. A principios de la década de 1990, David Howard encontró que más de la mitad de los entrevistados en tres vecindarios dominicanos, uno de clase media y dos de clase baja, se describían como “indios”.<sup>20</sup> Como indica Wendy Roth, el gentilicio “indio(a)” es tan común en República Dominicana que han surgido múltiples variantes, como “indio(a) claro(a)”, “oscuro(a)”, “lavado(a)”, “quemado(a)” y “canela”.<sup>21</sup> Este vocabulario racial persiste aun entre los dominicanos que emigran a Estados Unidos y entre los que regresan a República Dominicana.<sup>22</sup> En cambio, Clarence Gravlee halló que sus informantes de una ciudad costera de Puerto Rico empleaban “indio/a” mucho menos que “blanco(a)”, “trigueño(a)”, “negro(a)” y “jabao(a)”.<sup>23</sup> “Trigueño(a)” es el término preferido para referirse a personas de raza mixta en Puerto Rico.<sup>24</sup> Roth entrevistó a puertorriqueños, de diversos niveles de escolaridad, que pocas veces se identificaban como “indios” y respondían frecuentemente que eran una mezcla de la raza indígena, española y africana. No obstante, la gran mayoría (80.5 por ciento) de los residentes de Puerto Rico contestó que era “blanca” en el censo del 2000.<sup>25</sup> (Volveré sobre este

---

de Ciencias Sociales, Nueva Época 52-71 (2000); Carlos Vargas-Ramos, *Black, Trigueño, White...? Shifting Racial Identification among Puerto Ricans*, 2 (2) *Du Bois Review* 1-19 (2005).

<sup>19</sup> Casandra Badillo, *Only My Hairdresser Knows for Sure: Stories of Race, Hair, and Gender*, 34 (6) *NACLA Report on the Americas* 35-37 (2001); Ginetta Candelario, *Hair Race-ing: Dominican Beauty Culture and Identity Production*, 1 *Meridians: Feminism, Race, Transnationalism* 128-156 (2000); Isar P. Godreau, *Peinando diferencias, bregas de pertenencia: El alisado y el llamado “pelo malo”*, 30 (1) *Caribbean Studies* 82-134 (2002).

<sup>20</sup> Howard, *supra* n. 15, en la pág. 15.

<sup>21</sup> Roth, *Transnational Racializations: The Extension of Racial Boundaries from Receiving to Sending Societies*, en *How the United States Racializes Latinos: White Supremacy and Its Consequences* 228-244 (José A. Cobas, Jorge Duany & Joe R. Feagin eds., Paradigm 2009).

<sup>22</sup> Benjamin Bailey, **Language, Race, and Negotiation of Identity: A Study of Dominican Americans** (LFB Scholarly Publishing 2002); José Itzigsohn & Carlos Dore-Cabral, *Competing Identities? Race, Ethnicity, and Panethnicity among Dominicans in the United States*, 15 (2) *Sociological Forum* 222-247 (2000); José Itzigsohn, Silvia Giorguli & Obed Vázquez, *Immigrant Incorporation and Racial Identity: Racial Self-Identification among Dominican Immigrants*, 28 (1) *Ethnic and Racial Studies* 50-78 (2005).

<sup>23</sup> Gravlee, *supra* n. 16.

<sup>24</sup> Nancy Landale & Ralph S. Oropesa, *White, Black, or Puerto Rican? Racial Identification among Mainland and Island Puerto Ricans*, 81 (1) *Social Forces* 231-254 (2002).

<sup>25</sup> U.S. Census Bureau, American FactFinder, *Race and Hispanic or Latino*, [http:// http://](http://http://)

tema más adelante). Mientras el grueso de la población dominicana recurre a una nomenclatura “indigenista”, la puertorriqueña insiste en su blancura.

### **i. Vecinos distantes: Haitianos en República Dominicana**

La bibliografía sobre etnicidad y raza en República Dominicana se ha enfocado, quizás obsesivamente, en los inmigrantes haitianos. La mayoría de los académicos coincide en que los haitianos y sus descendientes confrontan un fuerte prejuicio y discriminación en República Dominicana. Varios estudios sobre la industria cañera dominicana (especialmente los “bateyes”, las aisladas comunidades rurales, vinculadas a las compañías azucareras) han detallado las pésimas condiciones en que viven los braceros haitianos, explotados económicamente, excluidos socialmente y privados de sus derechos legales.<sup>26</sup>

Sin embargo, los estudiosos no concuerdan en los orígenes históricos y el alcance popular de las ideas y prácticas antihaitianas entre los dominicanos. Algunos autores han ubicado el origen de las tensiones entre haitianos y dominicanos en la ocupación haitiana de Santo Domingo (1842-1844), conocida generalmente como los “años negros” de la historia dominicana.<sup>27</sup> Otros han trazado la animosidad dominico-haitiana a la rivalidad entre colonos franceses y españoles en La Española entre los siglos XVII y XVIII.<sup>28</sup>

La mayoría de los analistas concurre en que la migración a gran escala de cortadores de caña a principios del siglo XX intensificó el resentimiento local contra los haitianos. Varios autores han reconocido que la ocupación militar de Haití (1915-1934) y República Dominicana (1916-1924) por Estados Unidos facilitó la importación masiva de braceros haitianos en República Dominicana.<sup>29</sup> El

---

factfinder2.census.gov/faces/tableservices/jsf/pages/productview.xhtml?pid=DEC\_00\_110H\_QTP3&prodType=table (accedido el 9 de abril de 2012).

<sup>26</sup> Véase Franc Báez Evertsz, *Braceros haitianos en la República Dominicana* (Instituto Dominicano de Investigaciones Sociales 1986); Sherri Grasmuck, *International Stair-Step Migration: Dominican Labor in the United States and Haitian Labor in the Dominican Republic*, 2 *Research in the Sociology of Work: Peripheral Workers* 149-172, 166 (1983); Wilfredo Lozano, ed., *La cuestión haitiana en Santo Domingo: Migración internacional, desarrollo y relaciones inter-estatales entre Haití y República Dominicana* (FLACSO 1992); Samuel Martínez, *Peripheral Migrants: Haitians and Dominican Republic Sugar Plantations* (University of Tennessee Press 1995); Frank Moya Pons, ed., *El batey: Estudio socioeconómico de los bateyes del Consejo Estatal del Azúcar* (Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales 1986); Martin F. Murphy, *Dominican Sugar Plantations: Production and Foreign Labor Integration* (Praeger 1991); Vanessa Pascual Morán & Delia Ivette Figueroa, *La porosa frontera y la mano de obra haitiana en la República Dominicana*, 33 (1) *Caribbean Studies* 251-280 (2005).

<sup>27</sup> Frank Moya Pons, *El pasado dominicano* (Fundación J. A. Caro Álvarez 1986); Murphy, *supra* n. 26.

<sup>28</sup> Ernesto Sagás, *Race and Politics in the Dominican Republic* (University Press of Florida 2000); Pedro San Miguel, *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española* (Isla Negra 1997).

<sup>29</sup> Por limitaciones de espacio, no puedo evaluar aquí el impacto de la intervención estadounidense en la racialización de haitianos y dominicanos. Para una elaboración de este tema, véase Candelario, *supra* n. 15, especialmente el capítulo 1.

clímax del antihaitianismo fue la masacre de 1937, cuando las fuerzas militares del dictador dominicano Rafael Trujillo asesinaron a miles de haitianos residentes en la frontera entre Haití y República Dominicana.<sup>30</sup>

Ernesto Sagás ha destacado la elaboración de una ideología antihaitiana por la élite dominicana, que celebra el legado hispánico y menosprecia la influencia africana en la cultura dominicana, particularmente durante el régimen de Trujillo (1930-1961).<sup>31</sup> Como otros estudiosos de la materia, Sagás subraya las disputas fronterizas desde la época colonial como fuente constante de fricción entre el Saint Domingue francés y el Santo Domingo español. Otros han observado que dichos antagonismos surgieron en un contexto más amplio de influencia recíproca e interdependencia entre las dos poblaciones.<sup>32</sup> Los fuertes lazos culturales entre Haití y República Dominicana sobresalen en el folclor, la religión, la música y el baile.<sup>33</sup> Una coexistencia relativamente pacífica entre los ciudadanos de los dos países ha caracterizado la vida diaria en la frontera dominico-haitiana y hasta en los infames bateyes.<sup>34</sup>

Un tema recurrente en la bibliografía es que la identidad nacional dominicana se construyó y consolidó históricamente en oposición directa a Haití. República Dominicana se imaginó esencialmente como un país blanco, hispánico y católico, mientras Haití se catalogó despectivamente como un país negro, africano y practicante de cultos religiosos “salvajes” como el vudú.<sup>35</sup> Según un cocinero dominicano que entrevisté hace años en Puerto Rico, “todos los dominicanos eran rubios y de ojos azules hasta que se pusieron prietos y se mezclaron con los haitianos”.<sup>36</sup> Esta antítesis entre razas, culturas, idiomas y religiones en La Española alcanzó su punto más álgido entre los intelectuales simpatizantes de Trujillo, notablemente Manuel A. Peña Battle y Joaquín Balaguer. Desde esta perspectiva, Haití era, para

---

<sup>30</sup> Richard Lee Turits, *A World Destroyed, a Nation Imposed: The 1937 Massacre in the Dominican Republic*, 82 (3) *Hispanic American Historical Review* 589-636 (2002).

<sup>31</sup> Sagás, *supra* n. 28.

<sup>32</sup> Michiel Baud, *Constitutionally White: The Forging of a National Identity in the Dominican Republic*, en *Ethnicity in the Caribbean: Essays in Honor of Harry Hoetink* 121-151 (Gert Oostindie ed., Macmillan Caribbean 1996); Samuel Martínez, *Not a Cockfight: Rethinking Haitian-Dominican Relations*, 30 (3) *Latin American Perspectives* 80-101 (2003); Eugenio Matibag, *Haitian-Dominican Counterpoint: Nation, State, and Race on Hispaniola* (Palgrave Macmillan 2003); Moya Pons, *supra* nota 26; Rubén Silié, Carlos Segura & Carlos Dore Cabral, *La nueva inmigración haitiana* (FLACSO 2002).

<sup>33</sup> Paul Austerlitz, *Merengue: Dominican Music and Dominican Identity* (Temple University Press 1997); Martha Ellen Davis, *La otra ciencia: El vodú dominicano como religión y medicina populares* (Editora Universitaria, UASD 1987).

<sup>34</sup> Moya Pons, *supra* n. 26; Rubén Silié y Carlos Segura, eds., *Una isla para dos* (FLACSO 2002).

<sup>35</sup> Candelario, *supra* n. 15; Howard, *supra* nota 15; Moya Pons, *supra* n. 27; San Miguel, *supra* n. 28.

<sup>36</sup> Jorge Duany, *Reconstructing Racial Identity: Ethnicity, Color, and Class among Dominicans in the United States and Puerto Rico*, 25 (3) *Latin American Perspectives* 147-172, 152 (1998).



citar el título de la controvertida obra de Balaguer, “la isla al revés”.<sup>37</sup> Muchos escritores dominicanos compartían un marcado pesimismo en torno a la posibilidad de incorporar a los negros (particularmente los haitianos) en sus proyectos de construcción del Estado-nación.<sup>38</sup>

Menos claro es el grado de intensidad con que los miembros de las clases trabajadoras dominicanas adoptaron ideas y prácticas antihaitianas, cuando estas se convirtieron en la ideología dominante del trujillismo. Algunos autores han argumentado que todavía hoy día la mayoría de los dominicanos alberga sentimientos antihaitianos.<sup>39</sup> Otros sugieren que las actitudes populares dominicanas hacia los haitianos son mucho más tolerantes que las de la élite gobernante.<sup>40</sup> De todos modos, la mayoría de los dominicanos parece creer que los haitianos se diferencian racial y culturalmente de los dominicanos. Según Lauren Derby, “los dominicanos y los haitianos definen su diferencia mutua mediante una amplia variedad de prácticas corporales, incluyendo comer, procrear, lavarse, caminar, sentarse y hablar (el acento)”.<sup>41</sup>

Los estudiosos han hecho hincapié en el discurso prevaleciente que clasifica a la mayoría de los dominicanos como “indios” en vez de “negros”.<sup>42</sup> A fines del siglo XIX, según Sagás, “el pueblo dominicano esencialmente eliminó las palabras ‘negro’ y ‘mulato’ de su vocabulario y las reemplazó con el [término] menos traumático y más deseable socialmente, ‘indio’”.<sup>43</sup> El régimen de Trujillo consagró este vocablo como designación oficial para la mayoría de los dominicanos. Todavía hoy día, las personas de tez muy oscura se clasifican como “indias oscuras” o “quemadas” en sus cédulas de identidad y electorales; solo los haitianos se tildan de “negros(as)” (o “morados(as)”) en República Dominicana. Esta práctica ha ganado gran aceptación entre los dominicanos, como ilustra un documental en que las personas entrevistadas se caracterizaron como “indias” antes que “negras”.<sup>44</sup> Como explica Silvio Torres-Saillant, “étnicamente, los indios representaban una categoría

---

<sup>37</sup> Joaquín Balaguer, *La isla al revés: Haití y el destino dominicano* (Fundación José Antonio Caro 1983).

<sup>38</sup> Sagás, *supra* n. 28.

<sup>39</sup> Carlos Dore Cabral, *Encuesta Rumbo-Gallup: La población dominicana es más antihaitiana que racista*, 29 (mayo) Rumbo 8-12 (1995); Murphy, *supra* n. 26; Onè Respe, *supra* n. 51; Sagás, *supra* n. 28.

<sup>40</sup> Baud, *supra* nota 32; Ramona Hernández & Nancy López, *The Dominican Republic*, en *African Caribbeans: A Reference Guide* 73-86 (Alan West-Durán ed., Greenwood 2003); Silvio Torres-Saillant, *The Tribulations of Blackness: Stages in Dominican Racial Identity* 25 (3) *Latin American Perspectives* 126-146, 139 (1998).

<sup>41</sup> Lauren Derby, *Haitians, Magic, and Money: Raza and Society in the Haitian-Dominican Borderlands 1900 to 1937*, 36 (3) *Comparative Studies in Society and History* 488-526, 521 (1994).

<sup>42</sup> Candelario, *supra* n. 15; Howard, *supra* n. 15.

<sup>43</sup> Sagás, *supra* n. 28, en la pág. 35.

<sup>44</sup> Video: *Congo pa' ti: Identidad afrolatina en la cultura dominicana* (Karin Weyland, Fundación Melassa 2004).

no tipificada por la blancura ni por la negritud, que podía acomodar fácilmente la condición racial intermedia del mulato dominicano”.<sup>45</sup> Así es que “indio(a)” ha ofrecido una alternativa conceptual conveniente, para reconciliar los sentimientos antinegros con la ascendencia mixta de gran parte de la población dominicana. Ginetta Candelario lo resume así:

Para no usar el lenguaje de la negritud –“negro”, “mulato” y así por el estilo– para describirse a sí mismos, los dominicanos usan un lenguaje que limita su linaje racial a europeos e “indios” taínos (. . .) El resultado es un indio que es hispano etnoracialmente o una identidad indo-hispana.<sup>46</sup>

Al mismo tiempo, el discurso indigenista ha justificado el maltrato de los haitianos, basado en sus supuestas diferencias de linaje, tipo físico, cultura, religión e idioma. Mientras los dominicanos se identifican mayormente como “indios”, asocian a los haitianos con “africanos”. En República Dominicana, los haitianos son estigmatizados como criaturas primitivas, atrasadas, supersticiosas, indigentes, peligrosas, salvajes, promiscuas, bestiales e infantiles. Muchos dominicanos vinculan a los haitianos con la brujería, la magia negra y prácticas rituales “barbáricas” como sacrificar animales, comerse a los niños y chupar sangre humana.<sup>47</sup> Según Derby, “el término, haitiano, es ahora una etiqueta flotante para referirse a la mala conducta, la conducta impropia o la falta de urbanidad, en Santo Domingo”.<sup>48</sup> En cambio, los dominicanos tienden a percibirse a sí mismos como orgullosos herederos de la civilización hispánica y católica, con un fuerte legado indígena americano. En este sentido, el término popular “indio(a)” ha servido para ocultar la prevalencia de dominicanos de tez oscura, de origen africano o mixto, que difícilmente podrían distinguirse de otro modo de los despreciados haitianos.<sup>49</sup>

La creciente presencia de haitianos, que ya no está confinada solo a los bateyes, sino que se ha expandido a otras áreas agrícolas, así como a las ciudades, es una gran preocupación pública en República Dominicana.<sup>50</sup> Aun cuando haitianos

<sup>45</sup> Torres-Saillant, *supra* n. 39, en la pág. 139.

<sup>46</sup> Candelario, *supra* n. 19, en la pág. 130.

<sup>47</sup> Howard, *supra* n. 15; Onè Respe, *El otro del nosotros* (Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo, S.J., 1994); Sagás, *supra* n. 28.

<sup>48</sup> Derby, *supra* n. 39, en la pág. 493.

<sup>49</sup> Véase Peter Roberts, *The (Re)Construction of the Concept of “Indio” in the National Identities of Cuba, the Dominican Republic, and Puerto Rico*, en *Caribe 2000: Definiciones, identidades y culturas regionales y/o nacionales* 99-120 (Lowell Fiet & Janette Becerra eds., Facultad de Humanidades, Universidad de Puerto Rico 1999).

<sup>50</sup> James Ferguson, *Migration in the Caribbean: Haiti, the Dominican Republic, and Beyond* (Minority Rights Group International 2003); Wilfredo Lozano & Franc Báez Evertsz, *Migración internacional y economía cafetalera: Estudio sobre la migración estacional de trabajadores haitianos a la cosecha cafetalera en la República Dominicana* (Centro de Planificación y Acción Ecuémica 1992); Silié *et al.*, *supra* nota 32; Bridget Wooding & Richard Moseley-Williams, *Needed but Unwanted: Haitian Immigrants and Their Descendants in the Dominican Republic* (Catholic Institute for International Relations 2004).

y dominicanos comparten las mismas comunidades urbanas pobres, tienden a comportarse como extraños distantes en vez de vecinos cercanos.<sup>51</sup> A los inmigrantes haitianos y sus descendientes rutinariamente se les niegan servicios públicos, educativos y médicos básicos, por su condición legal irregular en República Dominicana. Muchos son literalmente personas sin Estado, sin acceso a la ciudadanía dominicana ni a la haitiana, y por ende desprovistas de sus derechos civiles y humanos. Los indocumentados haitianos han servido por mucho tiempo como chivos expiatorios para los persistentes problemas socioeconómicos de República Dominicana, incluyendo el desempleo, la pobreza, la criminalidad y asuntos de salud pública como la epidemia del SIDA.<sup>52</sup> Hoy día, la mayoría de los inmigrantes haitianos ocupa los peldaños más bajos de una jerarquía racial y étnica construida a lo largo de los últimos dos siglos y que continúa sin tregua.

## ii. Los Otros familiares: Dominicanos en Puerto Rico

Los estudios sobre la migración dominicana a Puerto Rico han comprobado su problemática incorporación a la sociedad receptora.<sup>53</sup> Mi propio trabajo de campo, realizado en colaboración con Luisa Hernández Angueira, César Rey y Lanny Thompson, se ha concentrado en la segmentación étnica del mercado laboral puertorriqueño.<sup>54</sup> En el centro urbano de Santurce, la mayoría de los dominicanos labora en el sector de los servicios, a menudo en la economía subterránea, especialmente como empleadas domésticas, vendedores ambulantes, guardias de seguridad, empleadas de salones de belleza y trabajadores de construcción. En el interior montañoso de Puerto Rico, los dominicanos indocumentados están reemplazando a los trabajadores agrícolas locales en el cultivo del café, una actividad económica en la que muchos haitianos han sustituido a los dominicanos en República Dominicana.<sup>55</sup> Los dominicanos en Puerto Rico usualmente confrontan pobres

---

<sup>51</sup> Franc Baéz Evertsz, *Vecinos y extraños: Migrantes y relaciones interétnicas en un barrio popular de Santo Domingo* (Servicio Jesuita a Refugiados 2001).

<sup>52</sup> Onè Respe, *supra* n. 46.

<sup>53</sup> Véase Jorge Duany, ed., *Los dominicanos en Puerto Rico: Migración en la semi-periferia* (Huracán 1990); Jorge Duany, Luisa Hernández Angueira & César A. Rey, *El Barrio Gandul: Economía subterránea y migración indocumentada en Puerto Rico* (Nueva Sociedad 1995); Yolanda Martínez-San Miguel, *Caribe Two Ways: Cultura de la migración en el Caribe insular hispánico* (Callejón 2003); Reyna A. Peralta, *Proyecto para la implantación de un Centro de Servicios Múltiples para Inmigrantes (CENSERMI)* (tesis de maestría, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1995).

<sup>54</sup> Aunque no puedo desarrollar el punto aquí, las discusiones previas de los mercados laborales duales y divididos ayudan a entender la situación de los trabajadores dominicanos en Puerto Rico, así como los haitianos en República Dominicana. Para una formulación clásica, véase Edna Bonacich, *A Theory of Ethnic Antagonism: The Split Labor Market*, 37 *American Sociological Review* 547-559 (1972).

<sup>55</sup> Lozano & Báez Evertsz, *supra* nota 49; Vanessa Pascual & Delia Ivette Figueroa, *Islas sin fronteras: Los dominicanos indocumentados y la agricultura en Puerto Rico* (CISCLA/Revista Interamericana 2000).

condiciones de trabajo, incluyendo salarios bajos, horas largas y pocos beneficios marginales. Su posición económica desventajosa recuerda la de los haitianos en República Dominicana.

Tradicionalmente, hubo poca animosidad entre dominicanos y puertorriqueños. Los historiadores han documentado las múltiples afinidades culturales, lingüísticas y religiosas entre República Dominicana y Puerto Rico desde el período colonial español.<sup>56</sup> Entre los siglos XVI y XIX, un pequeño pero constante flujo de personas entre ambas colonias incluyó a burócratas, soldados, clérigos, profesionales, estudiantes, artesanos y esclavos. Durante el siglo XIX, cientos de exiliados de La Española se refugiaron en Puerto Rico, a causa de las convulsiones políticas en el Saint Domingue francés así como en el Santo Domingo español. Miles de puertorriqueños emigraron a República Dominicana durante las primeras tres décadas del siglo XX, buscando trabajo en la industria azucarera, que despuntaba en las provincias orientales de San Pedro de Macorís y La Romana. Cientos de dominicanos antitrujillistas se exiliaron en Puerto Rico entre los años treinta y cincuenta. Durante la década de 1960, la dirección primaria del éxodo se invirtió, cuando miles de dominicanos se mudaron a Puerto Rico. Los lazos entre ambos países se han estrechado con el comercio, las inversiones, el turismo y la migración.

Hasta 1970, la mayoría de los dominicanos en Puerto Rico eran miembros relativamente educados de la clase media y probablemente de piel clara.<sup>57</sup> Las expresiones discriminatorias contra los dominicanos se hicieron más palpables en Puerto Rico durante las décadas de 1970 y 1980, cuando se amplió la inmigración de trabajadores poco calificados, a menudo indocumentados.<sup>58</sup> La causa principal del

---

<sup>56</sup> Véase Ricardo Camuñas Madera, *Relaciones entre Santo Domingo y Puerto Rico: Una perspectiva histórica*, en *La República Dominicana en el umbral del siglo XXI: Cultura, política y cambio social* 525-543 (Ramonina Brea, Rosario Espinal & Fernando Valerio-Holguín eds., Centro Universitario de Estudios Políticos y Sociales, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra 1999); José del Castillo, *Las inmigraciones y su aporte a la cultura dominicana (finales del siglo XIX y principios del XX)*, en *Ensayos sobre cultura dominicana* (Bernardo Vega et al. eds., 2ª ed., Fundación Cultural Dominicana/Museo del Hombre Dominicano 1990); Fernando Pérez Memén, *Panorama histórico de las emigraciones dominicanas a Puerto Rico*, en *Los inmigrantes indocumentados dominicanos en Puerto Rico: Realidad y mitos* 7-34 (Juan Hernández Cruz ed., Centro de Publicaciones, Universidad Interamericana de Puerto Rico 1989); Carmelo Rosario Natal, *Para la historia de las relaciones intermigratorias entre Puerto Rico y la República Dominicana: primeras etapas*, 2 (1) *Revista de la Universidad de América*, 20-25 (1990); Carmelo Rosario Natal, *Puerto Rico y la República Dominicana: Emigraciones durante el período revolucionario (1791-1850)*, 7 (1) *Revista de la Universidad de América*, 107-114 (1995).

<sup>57</sup> José L. Vázquez Calzada & Zoraida Morales del Valle, *Características socio-demográficas de los norteamericanos, cubanos y dominicanos en Puerto Rico*, 21 (1-2) *Revista de Ciencias Sociales* 1-34 (1979).

<sup>58</sup> José del Castillo, *La inmigración dominicana en los Estados Unidos y Puerto Rico*, en *Los inmigrantes indocumentados dominicanos en Puerto Rico: Realidad y mitos* 35-62 (Juan Hernández Cruz ed., Centro de Publicaciones, Universidad Interamericana 1989); Flavia A. Romero Anico, *La migración dominicana: Sus implicaciones para Puerto Rico* (tesis de maestría, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1984).

prejuicio ha sido la asociación común entre clase baja, tez oscura, origen extranjero y estado legal irregular. En los años noventa, numerosos estudios confirmaron la creciente hostilidad contra los dominicanos en Puerto Rico.<sup>59</sup> Actualmente, la animosidad asume diversas formas, desde los chistes étnicos y el grafiti hasta los textos literarios y los medios de comunicación.<sup>60</sup> Independientemente del medio en que se presenten, las actitudes y prácticas antidominicanas se han difundido ampliamente entre los puertorriqueños en las últimas tres décadas.

Un tema recurrente en los estudios académicos es que ser dominicano equivale actualmente a ser negro en Puerto Rico. La mayoría de los puertorriqueños en la Isla se considera “blanca”, pero define a los dominicanos como “negros” o “mulatos”. De una parte, los puertorriqueños tienden a representar a los dominicanos como personas de tez más oscura que la suya y acentuar los rasgos faciales y la textura de cabello negroide de los dominicanos.<sup>61</sup> De otra parte, los dominicanos se perciben a sí mismos con una piel más clara y con más características caucásicas que los haitianos. (El censo del 2000 en Puerto Rico constató esta discrepancia en las autopercepciones raciales, con un 81.3 por ciento de los puertorriqueños enumerados como “blancos”, comparado con solo el 36.2 por ciento de los dominicanos.)<sup>62</sup> Según Yolanda Martínez-San Miguel, los dominicanos, más que los estadounidenses, se han convertido en los principales “Otros” contra quienes se identifican ahora los puertorriqueños.<sup>63</sup> Los dominicanos en Puerto Rico se concentran en ocupaciones poco prestigiosas y en vecindarios pobres, segregados racialmente, en los centros urbanos, como Barrio Obrero en Santurce

---

<sup>59</sup> Jorge Benítez Nazario, *Reflexiones en torno a la cultura política de los puertorriqueños* (Instituto de Cultura Puertorriqueña 2001); Darwin Cruz Caraballo, “*Tú eres dominicano*”: *Las interacciones entre adolescentes dominicanos y puertorriqueños* (manuscrito inédito, Programa McNair, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, mayo de 1998); Duany, *supra* n. 52; Milagros Iturrondo, *San Ignacio de la Yola... y los dominicanos en Puerto Rico*, 17 (1-2) *Homines* 234-240 (1993-1994); Alberto López Carrasquillo, *Prácticas de aceptación y rechazo de estudiantes dominicanos(as) en una escuela elemental en Puerto Rico*, 6 *Revista de Ciencias Sociales, Nueva Época* 141-169 (1999); Diana Mejía Pardo, *Macroestructuras, superestructuras y proposiciones de opiniones en 17 relatos de puertorriqueños acerca de dominicanos* (tesis de maestría, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 2003); Palmira Ríos, *Acercamiento al conflicto dominico-boricua*, 4 (2) *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 44-49 (1992).

<sup>60</sup> Aida Liz de la Rosa Abreu, *La identidad cultural de la mujer dominicana de clase trabajadora en Puerto Rico: Su articulación en la comedia televisiva* (tesis de maestría, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 2002); Rita De Maeseneer, *Sobre dominicanos y puertorriqueños: ¿Movimiento perpetuo?*, 14 (1) *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies* 52-73 (2002); Martínez-San Miguel, *supra* n. 52.

<sup>61</sup> Darwin Cruz Caraballo, *supra* n. 58; López Carrasquillo, *supra* n. 59; Martínez-San Miguel, *supra* n. 52.

<sup>62</sup> Francisco Rivera-Batiz, *Color in the Caribbean: Race and Economic Outcomes in the Island of Puerto Rico*, ponencia presentada en la conferencia *Nuevas direcciones en la investigación social: Los puertorriqueños en la Isla y en el continente* (Fundación Russell Sage, Nueva York, 21 y 22 de mayo de 2004).

<sup>63</sup> Martínez-San Miguel, *supra* n. 52.

y Barrio Capetillo en Río Piedras.<sup>64</sup> Como he señalado en otros trabajos, los puertorriqueños de tez negra son confundidos habitualmente con los dominicanos (así como los dominicanos de tez negra son confundidos con haitianos en República Dominicana).<sup>65</sup> Consecuentemente, el discurso dominante de la puertorriqueñidad ha asumido una postura contenciosa frente a la identidad dominicana (tanto como la negra).

El rápido aumento de la población dominicana residente en Puerto Rico, particularmente en Santurce y Río Piedras, ha generado tensiones públicas. Los puertorriqueños se quejan constantemente de que los dominicanos les están “quitando” sus trabajos e “invadiendo” sus vecindarios. Muchos puertorriqueños hacen “chistes dominicanos”, destacando su supuesta falta de inteligencia, su dialecto errático, su migración clandestina y su desprestigio ocupacional. Numerosos cuentos populares ridiculizan a los dominicanos en Puerto Rico por su acento extranjero, apariencia física e idiosincrasia cultural.<sup>66</sup> Varios programas de radio y televisión han caricaturizado a los dominicanos como personajes graciosos, ignorantes, chabacanos y desordenados.<sup>67</sup> Incluso, se ha culpado a los inmigrantes dominicanos por el alza en la criminalidad, el desempleo, la prostitución y el narcotráfico.<sup>68</sup> Estos son indicios de la creciente racialización de los dominicanos en Puerto Rico como extranjeros “necesarios pero no deseados”, para aludir al título de una monografía sobre los haitianos en República Dominicana.<sup>69</sup> Irónicamente, las imágenes predominantes de los dominicanos en Puerto Rico se asemejan a las de los haitianos en República Dominicana y los puertorriqueños en Estados Unidos.

## **II. La miseria compartida de una identidad estigmatizada: Una comparación de los dos casos**

Los haitianos en República Dominicana y los dominicanos en Puerto Rico tienen muchas similitudes, algunas de ellas sorprendentes. Para empezar, una alta proporción de ambos grupos son inmigrantes indocumentados, por lo que carecen de protección legal por el gobierno del país receptor. Segundo, amplios sectores de las poblaciones de los países adonde emigran, incluyendo a miembros de la clase trabajadora, las autoridades estatales y la élite intelectual, maltratan a los haitianos en República Dominicana y a los dominicanos en Puerto Rico. Tercero, las imágenes públicas de ambos colectivos se nutren de estereotipos análogos, como

---

<sup>64</sup> Nancy A. Denton & Jacqueline Villarrubia, *Residential Segregation on the Island: The Role of Race and Class in Puerto Rican Neighborhoods*, 22 (1) Sociological Forum 51-76 (2007).

<sup>65</sup> Duany, *supra* nota 36; Duany, *Dominican Migration to Puerto Rico: A Transnational Perspective*, 17 (1) CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies 243-268 (2005).

<sup>66</sup> Iturrondo, *supra* n. 58; López Carrasquillo *supra* n. 58; Mejía Pardo, *supra* n. 58.

<sup>67</sup> Abreu, *supra* n. 59.

<sup>68</sup> Duany, *supra* n. 64; Iturrondo, *Voces quisqueyanas en Borinquen* (Ediciones Camila 2000).

<sup>69</sup> Wooding & Moseley-Williams, *supra* n. 49.

el atraso cultural, la suciedad, la vulgaridad y la inmoralidad. Cuarto, los dos grupos han confrontado un intenso prejuicio, discriminación, segregación y exclusión de las sociedades en que viven. Quinto, tanto los haitianos en República Dominicana como los dominicanos en Puerto Rico son objeto de menosprecio público, burlas populares, representaciones tergiversadas por los medios de comunicación e incluso persecución estatal, especialmente en República Dominicana. Sexto, en Puerto Rico así como en República Dominicana, la cultura popular y la de la élite, desde las canciones hasta los cuentos cortos, tienden a excluir a los inmigrantes del imaginario nacional de la sociedad anfitriona. Séptimo, los dos grupos se especializan en nichos ocupacionales poco atractivos, como la agricultura, la construcción y el servicio doméstico, que los nacidos en el país receptor evaden porque pagan mal y ofrecen pésimas condiciones de trabajo.

Por último, tanto República Dominicana como Puerto Rico reciben miles de trabajadores de clase baja de países vecinos, a la vez que envían aún más trabajadores locales a Estados Unidos. Como observó Sherri Grasmuck hace casi tres décadas, los haitianos y los dominicanos, así como los puertorriqueños, participan en un complejo sistema de “migración internacional escalonada” en que

una fuerza laboral importada de una sociedad de la periferia ocupa posiciones en una sociedad [más] desarrollada que aparentemente son indeseables para la clase trabajadora nativa, mientras la misma sociedad periférica importa parte de su fuerza laboral de una sociedad ubicada más abajo en la jerarquía económica internacional.<sup>70</sup>

Para justificar esta división étnica del trabajo, muchos trabajadores migrantes son racializados como “negros”, en comparación con los trabajadores nativos, muchos de los cuales se consideran “blancos”, “indios” o por lo menos no “negros”.

Al mismo tiempo, los dos casos difieren significativamente en varios sentidos. Los haitianos representan el flujo migratorio más antiguo y numeroso hacia República Dominicana, especialmente desde la década de 1910, mientras que los dominicanos son la principal minoría étnica establecida recientemente en Puerto Rico, desplazando a los cubanos en la década de 1980.<sup>71</sup> Los haitianos se han concentrado tradicionalmente en áreas rurales de República Dominicana, particularmente en las provincias azucareras orientales; los dominicanos se aglomeran en los centros urbanos de Puerto Rico, especialmente en el área metropolitana de San Juan. El prejuicio antihaitiano en República Dominicana data por lo menos desde principios del siglo XIX, pero el prejuicio antidominicano en Puerto Rico cobró auge apenas en la década de 1980. Mientras que el antihaitianismo se convirtió en la ideología

---

<sup>70</sup> Grasmuck, *supra* n. 26.

<sup>71</sup> Sobre este último grupo, véase José A. Cobas & Jorge Duany, *Los cubanos en Puerto Rico: Economía étnica e identidad cultural* (Editorial de la Universidad de Puerto Rico 1995).

oficial del régimen de Trujillo en la década de 1930, el gobierno de Puerto Rico nunca ha sido partidario abiertamente del antidominicanismo.<sup>72</sup> Podría argüirse que la xenofobia aún no se ha institucionalizado en Puerto Rico tan extensamente como en República Dominicana.<sup>73</sup>

Además, muchos dominicanos han percibido históricamente a los haitianos como la principal amenaza a su integridad, identidad y seguridad nacional, mientras los puertorriqueños se han distinguido principalmente de los españoles y los estadounidenses y solo recientemente de los dominicanos. República Dominicana se independizó de Haití en 1844 (y nuevamente de España en 1865); Puerto Rico se mantuvo bajo dominio español hasta 1898. Mientras Haití comparte La Española con República Dominicana, incluyendo una frontera terrestre muy disputada, República Dominicana y Puerto Rico tienen límites marítimos bien definidos y no controvertidos, marcados por el Canal de la Mona. Afortunadamente, la animosidad de los puertorriqueños contra los dominicanos no ha alcanzado el grado de violencia simbólica o física, característica de la hostilidad antihaitiana en República Dominicana (como evidenció la masacre haitiana de 1937). Muchos dominicanos perciben más discrepancias culturales, particularmente lingüísticas y religiosas, con los haitianos que con los puertorriqueños.

La población haitiana en República Dominicana es mucho más numerosa, en términos absolutos y proporcionales, que la dominicana en Puerto Rico. Los cálculos más razonables sugieren que alrededor de medio millón de haitianos vive en República Dominicana, comparado con unos 100,000 dominicanos en Puerto Rico.<sup>74</sup> Por ende, el cacareado (pero infundado) temor a la “invasión de extranjeros” es mucho más pronunciado en República Dominicana que en Puerto Rico. Este temor ha contribuido a justificar deportaciones periódicas de inmigrantes indocumentados, sobre todo en el primer país, aunque ambos han intentado infructuosamente detener el ingreso no autorizado de personas a sus territorios. En conjunto, estos factores históricos, geográficos y demográficos ayudan a explicar las características distintivas de las relaciones étnicas en cada sociedad.<sup>75</sup>

---

<sup>72</sup> Aunque este no es el lugar para analizar la condición colonial de Puerto Rico frente a Estados Unidos, debo mencionar que el gobierno federal controla la inmigración de extranjeros y su naturalización en la Isla. Para un examen de las implicaciones culturales del dilema político de Puerto Rico, véase Jorge Duany, *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States* (University of North Carolina Press 2002).

<sup>73</sup> Eugenio García Cuevas, *Mirada en tránsito: Dominicanos, haitianos, puertorriqueños y otras situaciones en primera persona* (Isla Negra 1999).

<sup>74</sup> Duany, *supra* n. 64; Howard, *supra* n. 15.

<sup>75</sup> Véase también Samuel Martínez, *Identities at the Dominican and Puerto Rican International Migrant Crossroads*, en *Marginal Migrations: The Circulation of Cultures within the Caribbean 141-164* (Shalini Puri ed., Macmillan Caribbean 2003).



### A. Denigrar al Otro: La racialización de las minorías étnicas

Para recapitular, sostengo que la explicación básica para los paralelos subyacentes entre haitianos en República Dominicana y dominicanos en Puerto Rico es su racialización. Como señalé anteriormente, abordo la “racialización” como el proceso de atribuirles orígenes biológicos hereditarios a prácticas culturales, grupos sociales y cuerpos humanos distinguidos por sus tipos físicos.<sup>76</sup> De este modo, se le asignan significados raciales a las creencias y costumbres tradicionales de los grupos étnicos. Como resultado, se trata a dichos grupos como si sus características formaran parte de su “esencia” inherente, inalterable y predeterminada por la naturaleza. Como plantea José Cobas, el propósito básico de la racialización es legitimar el maltrato de personas consideradas “inferiores” y mantener la ideología que apuntala la supremacía de la élite blanca.<sup>77</sup>

Los haitianos en República Dominicana y los dominicanos en Puerto Rico han sido racializados en este sentido. Muchos dominicanos creen que los haitianos son salvajes, feos, tontos, violentos y crueles, por su ascendencia africana. Asimismo, muchos puertorriqueños creen que los dominicanos son extraños, incultos, peligrosos, criminales y obsesionados con el sexo, debido a su tez oscura. En ambos casos, las personas nacidas en el país receptor a menudo suponen que pueden identificar fácilmente a los extranjeros, basándose en características físicas como la pigmentación de la piel, los rasgos faciales y hasta la forma de la cabeza.<sup>78</sup> Más aún, invocan comúnmente diferencias culturales como el “acento” al hablar español, la vestimenta o el lenguaje corporal para distinguir a los de “aquí” de los de “afuera”. Independientemente de las diferencias que puedan existir entre haitianos, dominicanos y puertorriqueños, muchos de los nacidos en los países anfitriones denigran a los inmigrantes, en términos raciales y culturales. Este discurso justifica que los dominicanos en Puerto Rico y los haitianos en República Dominicana usualmente tengan ocupaciones menos atractivas y niveles de vida por debajo de los de la población nativa. A diferencia de los libaneses en República Dominicana y los cubanos en Puerto Rico, generalmente aceptados como “blancos”, la mayoría de los haitianos y los dominicanos está restringida a los peores trabajos y condiciones de vivienda en ambas sociedades.

La racialización de los inmigrantes haitianos y dominicanos es sumamente problemática por varias razones. Una es que República Dominicana y Puerto Rico son sociedades afrocaribeñas, con una alta incidencia de mezcla racial y una importante herencia africana (aunque muchas veces subestimada).<sup>79</sup> La imagen pública de los

---

<sup>76</sup> Winant, *supra* n. 5.

<sup>77</sup> José A. Cobas, comunicación personal, 12 de octubre de 2005.

<sup>78</sup> López Carrasquillo, *supra* n. 58; Onè Respe, *supra* n. 46.

<sup>79</sup> Para una muestra de trabajos pertinentes sobre la diversidad étnica y racial en República Dominicana, véase Silvio Torres-Saillant, Ramona Hernández & Blas R. Jiménez, eds., *Desde la orilla: Hacia una nacionalidad sin desalojos* (Manatí/La Trinitaria 2004).

haitianos en República Dominicana y la de los dominicanos en Puerto Rico como perpetuos forasteros acentúa la omisión de la raza negra en el imaginario nacional de ambas sociedades y proyecta la negritud hacia un Otro externo. Irónicamente, la mayoría de los puertorriqueños y dominicanos no son considerados “blancos” en Estados Unidos, independientemente de cómo se clasifiquen a sí mismos. La racialización de haitianos en República Dominicana, dominicanos en Puerto Rico y puertorriqueños y dominicanos en Estados Unidos sitúa a todos estos grupos en una posición desventajosa frente a la mayoría “blanca” (¿o blanqueada?) de los países adonde emigran.

Comparar las relaciones entre haitianos y dominicanos y entre dominicanos y puertorriqueños sugiere que la racialización puede surgir aun en ausencia de grandes barreras históricas, culturales, lingüísticas y religiosas. Diferentes grupos étnicos, como los haitianos o dominicanos, pueden clasificarse de manera parecida en diferentes lugares, como República Dominicana o Puerto Rico, si desempeñan las mismas funciones económicas, como proveer mano de obra barata, y ocupan posiciones sociales paralelas, como inmigrantes indeseables. No hacen falta diferencias fenotípicas marcadas (color de la piel, rasgos faciales, textura del pelo) para el prejuicio y la discriminación contra un grupo étnico. Tanto en República Dominicana como en Puerto Rico, las diferencias físicas imaginadas entre nativos y extranjeros probablemente son mayores que las diferencias reales, dada su historia compartida de esclavitud y mestizaje. El punto clave es que la negritud se representa como ajena al discurso dominante de la identidad nacional. Consecuentemente, los haitianos en República Dominicana así como los dominicanos en Puerto Rico son rechazados como “negros” extranjeros que amenazan la supuesta blancura de las sociedades a las que emigran.

El análisis comparativo de los dos grupos indica que el célebre mito de la “democracia racial”, basada en la ideología del mestizaje o el mulataje, continúa subyugando a negros, mulatos y otras personas “de color” en el Caribe hispanohablante. La proverbial ambigüedad, flexibilidad y fluidez de las categorías raciales en República Dominicana y Puerto Rico se derrumban ante la inmigración masiva de trabajadores de tez oscura y clase baja, especialmente los que carecen de documentación legal. Desafortunadamente, el llamado continuo racial, típico del Caribe hispanohablante, denigra a todos los haitianos en República Dominicana y a la mayoría de los dominicanos en Puerto Rico. Para propósitos prácticos, la oposición binaria entre “nosotros” (los “blancos” nativos) y “ellos” (los “negros” extranjeros) se antepone a otras distinciones sociales. Esta polarización se parece extrañamente a la descripción de Harry Hoetink de la variante del noroeste europeo en las relaciones raciales del Caribe, aunque esta ocurre en dos islas del Caribe de habla hispana.<sup>80</sup> Tal vez, como Mintz ha comentado incisivamente, la división

---

<sup>80</sup> Harmannus Hoetink, *Caribbean Race Relations: A Study of Two Variants* (Oxford University Press 1967).

fundamental en ambas partes de la región sigue siendo “blanco” versus “negro”, obviando la identidad étnica de una persona.<sup>81</sup> En todo caso, la polarización racial es un mal presagio para los inmigrantes de tez oscura, que sufren las consecuencias en carne propia.

### III. Conclusión

Tanto República Dominicana como Puerto Rico se han convertido en una “encrucijada internacional de inmigrantes”, para tomar prestada la útil frase de Samuel Martínez,<sup>82</sup> como resultado de la migración masiva entre países vecinos del Caribe, así como la emigración aún mayor hacia y desde Estados Unidos. Los paralelos entre haitianos en República Dominicana y dominicanos en Puerto Rico son impresionantes. Aunque cada situación tiene raíces y ramificaciones históricas distintas, ambas poblaciones de inmigrantes se concentran en los escalafones más bajos de la jerarquía étnica y racial. En ambos casos, el sistema prevaleciente de estratificación social no ha promovido el intercambio fraternal, amistoso y personal entre diferentes grupos, como propone el modelo clásico de Hoetink sobre la variante ibérica de las relaciones raciales en el Caribe. Por el contrario, muchas veces las relaciones entre grupos están teñidas por la sospecha mutua, la distancia social, la incomprensión, la antipatía e incluso la violencia.

Bajo tales circunstancias, insistir en un ideal de armonía racial o una identidad nacional monolítica, como han sugerido muchos estudiosos y políticos en el pasado, no es una solución adecuada a la persistente opresión étnica y racial. Parece más viable descubrir y denunciar las causas y consecuencias de las estructuras sociales y prácticas culturales que continúan despreciando la piel oscura, el trabajo manual, el haber nacido en otro país, los valores y costumbres extranjeras. Desgraciadamente, tales estructuras y prácticas, como ilustra el humor étnico y racial, son demasiado comunes en el mundo.

La racialización de los haitianos en República Dominicana y los dominicanos en Puerto Rico sigue una lógica similar. Ambos grupos se identifican generalmente por sus rasgos físicos, reales o imaginados, como si sus cuerpos fueran totalmente distintos a los de los nacidos en los países receptores. Las diferencias culturales, lingüísticas y hasta religiosas se naturalizan en el proceso, sin tomar en cuenta las causas históricas, económicas y políticas del desplazamiento masivo de personas de clase baja, negras y mulatas, de un país caribeño pobre a otro con más recursos materiales. Aquí como en otros lugares, la racialización de la etnicidad sirve para justificar la continua exclusión de los extranjeros de tez oscura y con otras características asociadas con los afrodescendientes. Como argumentan Omi

---

<sup>81</sup> Mintz, *Ethnic Difference, Plantation Sameness*, en *Ethnicity in the Caribbean: Essays in Honor of Harry Hoetink* 42 (Gert Oostindie ed., Macmillan Caribbean, 1996).

<sup>82</sup> Martínez, *supra* n. 74.

y Winant, extender los significados raciales a grupos étnicos clasificados como “negros” o “no blancos” tiende a deshumanizarlos, privándolos de sus derechos básicos como ciudadanos y marginándolos social, económica y culturalmente.<sup>83</sup>

Para cerrar, me gustaría sugerir cuatro preguntas para investigaciones futuras. Primero, ¿cómo difieren exactamente los procesos de racialización en República Dominicana, Puerto Rico y otros países caribeños, así como en Estados Unidos? ¿Hasta qué punto convergen tales procesos en todos estos lugares? Segundo, ¿por qué ciertas minorías étnicas como los “cocolos” (los descendientes de inmigrantes del Caribe no hispánico) en República Dominicana o los cubanos en Puerto Rico están mejor integradas que otras en las sociedades adonde han emigrado? ¿Cómo se entreteteje la clase social con el color de la piel para producir dichas diferencias? Tercero, ¿por qué algunas minorías étnicas se racializan como “negras” y se excluyen de los discursos dominantes de la identidad nacional? Finalmente, ¿cómo interactúan los inmigrantes caribeños, tales como haitianos, dominicanos, puertorriqueños y cubanos, en Estados Unidos? ¿Persisten o disminuyen los estereotipos mutuos en el exterior? ¿Adoptan los inmigrantes y sus descendientes una afiliación colectiva común, ya sea como hispanos, latinos o caribeños? La urgencia de contestar tales preguntas confirma la necesidad de estudiar comparativamente las relaciones raciales y étnicas en el Caribe contemporáneo y su diáspora.

---

<sup>83</sup> Omi & Winant, *supra* n. 8.